

COCCO - MAGELLA

SOMBRAS EN EL LAGO

Título original: *Ombre sul lago*

Imagen de cubierta: © Neil Denham / Trevillion Images

Primera edición: 2016

Autores: Giovanni Cocco y Amneris Magella

© 2013, Ugo Guanda Editore S.p.A.

© De la traducción: Miguel Ros González, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-06-7

Depósito legal: SE. 415-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1	13
2	33
3	51
4	65
5	83
6	101
7	117
8	133
9	147
10	173
11	197
12	217
13	231
14	255
15	275
16	293
17	313
18	321
19	331
20	339
21	353
NOTA DE LOS AUTORES	357

A Giuseppe Magella

*Informe del Ministerio de Economía sobre la confiscación del patrimonio de los judíos**

Nota para el DUCE.

Asunto: Confiscación patrimonio judío – Situación a 31 de diciembre de 1944 – XXIII

A la conclusión del primer año de aplicación del Decreto Legislativo N° 4 del 4 de enero de 1944 – XXII, por el que se disponía la confiscación del patrimonio perteneciente a los ciudadanos de raza judía, considero oportuno poner en conocimiento del DUCE los datos estadísticos del trabajo realizado hasta la fecha.

Finalizado el mes de diciembre de 1944 – XXIII, se habían registrado en el EGELI [Ente de gestión y liquidación inmobiliaria] 5.768 decretos de confiscación, repartidos como sigue:

- Bienes muebles e inmuebles..... 2.590 decretos
- Depósitos a terceros 2.996 decretos
- Empresas..... 182 decretos

[...]

* Renzo De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo* [Historia de los judíos italianos bajo el fascismo], Giulio Einaudi Editore, Turín, 1993 (nueva edición ampliada), pp. 610-611.

Por lo que atañe a las confiscaciones relativas a los datos antes mencionados, los depósitos bancarios en efectivo ascienden a un importe total de 75.089.047,90 liras; los bonos del Estado a 36.396.831 liras (valor nominal); y los títulos industriales y de otros tipos, valorados según el boletín de finales de diciembre, a 731.442.219 liras. Asimismo, existen numerosos títulos cuya cotización no ha sido posible determinar.

Todos los títulos, depósitos y valores están siendo trasladados a unas sedes preestablecidas que ofrecen mayores garantías de seguridad.

[...]

Correo Civil, 316/I, a día 12 de marzo de 1945 – XXIII

SOBRE EL LAGO SOPLABA UNA LIGERA *BREVA*. Stefania Valenti cruzó la larga avenida que llevaba desde el hotel Regina Olga al embarcadero. A esa hora había pocas personas en la calle: un chico con su perro, un anciano encogido en su abrigo y una señorita esmirriada y huesuda que se las veía y se las deseaba para sujetar dos bolsas de plástico.

En aquella época del año, a medio camino entre el final del invierno y el comienzo del buen tiempo, Cernobbio podía parecer un pueblecito como otros muchos. Los hoteles no tardarían en retomar su actividad, y con la reapertura toda la orilla occidental del lago de Como asistiría al típico ritual: la llegada de los turistas alemanes, rusos y estadounidenses, las cumbres entre los peces gordos del planeta, los acontecimientos estivales organizados por el Ayuntamiento y las apariciones fugaces de alguna que otra estrella de Hollywood.

Echó un vistazo al lago, deteniéndose en la silueta de Villa d'Este, a su izquierda, y luego se dirigió al Caffè

Onda. Pidió un capuchino y salió a toda prisa, encendiéndose el primer cigarrillo del día.

Por una vez había logrado llevar a Camilla al colegio con puntualidad, mofándose de los conserjes plantados ante la verja con pose militar.

Aquella mañana, Camilla, sentada en la parte trasera del Corsa y concentrada en su Game Boy, había mascullado pocas palabras. Se habían despedido deprisa y corriendo, como todas las mañanas. Las otras palabras de Camilla se perdieron en el ruido del portazo. El plumífero rosa desapareció en el portal del colegio, ya entrecerrado. Llegar puntual era el último de sus problemas: en el fondo, de haber llegado tarde la profesora no le habría pedido explicaciones. Las responsabilidades, los méritos, las culpas o las llaves del coche olvidadas en el otro bolso formaban parte de su ritual cotidiano.

—¿Es que tu papá no te trae nunca al colegio, Camilla?

—No, porque mi papá no vive con nosotras.

—Ah, claro.

¿Claro qué?, pensó Stefania, que se irritaba solo con pensar en la vez en que Camilla le contó el episodio que había tenido como protagonista a una de las muchas madres rubias con el todoterreno de lujo aparcado en segunda fila frente a la entrada principal del colegio Foscolo.

Volvió al coche, se puso las gafas y encendió el motor, mientras comprobaba de reojo el reloj del salpicadero.

Las ocho menos diez.

Se metió en un carril para dar media vuelta.

Era demasiado tarde para ir a comprar pan y *focaccia* a la tienda de Vago, situada justo al salir de la Ciudad Amurallada de Como. Lo dejaría todo, compra incluida, para aquella tarde, después de recoger a Camilla. La *focaccia* del supermercado no era exactamente como la de la confitería, pero no pasaba nada, se la tomaría sí o sí.

El trabajo, la hija y la separación habían convertido a Stefania, o al menos a una parte de ella, en una persona extremadamente pragmática: en el fondo, ir al centro comercial (un enorme edificio prefabricado con pequeños ladrillos rojos y cemento a la vista, situado en el extremo norte de Como, y que pillaba bien de camino al lago) le gustaba, no solo porque allí lo encontraría todo junto, sino porque formaba parte del ritual cotidiano que compartía con Camilla. ¿En qué otro sitio habría podido encontrar pan recién salido del horno a las ocho de la tarde o pilas para el mando a distancia un domingo a primera hora?

Aquella mañana iría justísima de tiempo. Como de costumbre, renunciaría a la pausa para comer.

Los cálculos sobre su horario de trabajo se vieron interrumpidos de golpe por las notas del *Danubio azul* en versión electrónica. ¿Y esto de dónde narices viene?, se preguntó Stefania.

Se acordó de que la noche anterior Camilla había estado jugando con su móvil. Habrá cambiado otra vez el tono, pensó distraídamente, esbozando una sonrisa.

La voz de Lucchesi, siempre más estridente de la cuenta, le retumbó en los oídos.

—Doctora*, cuando llegue acuérdesse de que ha preguntado por usted el fiscal auxiliar de turno. Y también el comisario jefe Carboni.

—De acuerdo, Lucchesi, no te preocupes. Estaré allí en cinco minutos.

Estaba mintiendo descaradamente y lo sabía. Con el tráfico frenético de la hora punta y la cola que se había formado entre Cernobbio y Villa Olmo tardaría al menos veinte minutos en llegar a la Jefatura. Giró el dial de la radio y sintonizó Radio 105, que a esa hora transmitía un noticiario.

Tras el enésimo altercado con el conductor de un BMW con matrícula suiza, el clásico viajero fronterizo a la inversa, que bajaba a Italia para hacer la compra merced al cambio favorable, salió al *viale* Innocenzo. Tras dejar a su espalda el aparcamiento de la Jefatura y abandonar el coche en medio del patio, vio a Marino en la garita y le lanzó las llaves guiñándole un ojo.

—¡Doctora! —gritó el vigilante.

—Solo un minuto, Marino, lo nuevo ahora mismo. Luego te invito a un café.

Subió de una carrera los tres tramos de escaleras y llegó al distribuidor de *snacks* sin aliento, justo a tiempo para toparse con el comisario jefe Carboni, que salía de su despacho: llevaba la corbata aflojada y la camisa remangada, y parecía una versión con algo de sobrepeso del típico *sheriff* de las series estadounidenses.

* En Italia, el título de doctor (*dottore*) se usa para designar a cualquier persona que obtiene una titulación universitaria, independientemente del tipo y la duración de sus estudios. (*N. del T.*)

—Doctora, venga un momento a mi despacho —dijo Carboni.

Stefania pensó en el capuchino caliente y el cruasán con mermelada del bar que había detrás de la Jefatura. Esa mañana tampoco iba a tener tiempo de invitar al desayuno a sus colegas.

—Acaban de llamar de la comisaría de Lanzo. Unos obreros que están trabajando en la demolición de una granja en el monte San Primo han encontrado restos de huesos humanos. En estos momentos las obras están detenidas porque la granja se encuentra justo en el trayecto de la nueva carretera, está todo patas arriba. El fiscal auxiliar Arisi también está de camino. Usted irá con Piras y Lucchesi en el todoterreno.

Carboni, un tipo comedido y flemático por lo general, parecía haber recibido un calambrazo aquella mañana. El fiscal Arisi, en cambio, tenía fama de ser uno de los fiscales más temidos, un friulano de los pies a la cabeza: serio, fiable, determinado. Stefania se preguntó qué podía llevar a un fiscal anciano como él a subir hasta el San Primo a embarrarse los mocasines.

Cuatro huesos en una granja desmoronada, pensó, ¡y un cuerno!

Normalmente esas tonterías y los asuntos de administración ordinaria los despachaba por teléfono: llamaba al mariscal de la comisaría local de los Carabinieri y luego, como mucho, autorizaba el levantamiento. En esos casos, por lo general, la historia acababa ahí.

Luego le vino otra cosa a la cabeza.

Puede que la empresa Valentini Strade S. A. tenga contactos en las altas esferas y quiera asegurarse de que

toda la historia acaba pronto, rumió. Quién sabe cuánto le cuesta tener paradas unas obras como esas.

Stefania hurgó en su memoria y tuvo la visión fugaz de un pueblecito prácticamente abandonado, encaramado en la ladera de la montaña: pocas casas de piedra, refugios de madera y establos diseminados; alguna que otra vaca pastando y una antigua carretera que trepaba más y más, entre infinitas curvas, hasta el paso que conducía a Suiza. Seguramente estuvo allí de pequeña, con su padre, un verano de hace muchísimos años.

El paisaje perfecto para un anuncio de chocolate, pensó.

Una pena que justo por ahí tuviese que pasar el túnel de la nueva carretera hacia la aduana. Cinco minutos y se llegaba a Suiza, un puente escalofriante, los ecologistas enfurecidos.

Y nosotros, claro, tenemos que ir ahora, y nos tenemos que tragar todas las curvas. Como conduzca Piras seguro que vomito.

A las once y media Arisi aún no había llegado. Habían surgido unos compromisos inesperados en la Fiscalía.

Pues menos mal que tenían prisa, pensó Stefania.

Entretanto había podido tomarse un capuchino de la máquina de café y zamparse un cruasán del distribuidor automático.

Mientras despachaba rápidamente la correspondencia, Stefania pensó que por la tarde le daría tiempo a pasar por el supermercado. Desde las cuatro y media estaba libre: recogería a Camilla e irían juntas a ver el último episodio de la saga de *Harry Potter* en el cine Astra, el único

que quedaba abierto en la ciudad; luego una pizza y, si acaso, un poco de carantoñas en el sofá.

Es un periodo en el que nada sale como tiene que salir, pensó.

Llegaron al lugar de los hechos casi a la una y nadie parecía estar de buen humor: Arisi había permanecido en silencio durante todo el trayecto, sentado en la parte trasera junto a ella. Lucchesi y Piras se habían cruzado alguna que otra frase, hablando de una riña entre extracomunitarios borrachos en el paseo del lago que los había obligado a intervenir el día anterior. Ninguno de los cuatro había almorzado aún y Stefania esperaba que, precisamente por eso, resolviesen el asunto en un pispás, toda vez que el fiscal y sus colegas, a diferencia de ella, no solían saltarse la pausa de la comida. Estacionaron el todoterreno en mitad de las obras, ante el grupo de obreros que fumaban sentados con máquinas detenidas, y las palas en el suelo.

El capataz, un hombre musculoso y barbudo de unos cincuenta años, señaló una ladera empinada, marcada por las huellas de las orugas.

—Nos han dicho que no nos movamos de aquí. Arriba está el mariscal con un doctor. Llevan un buen rato esperando. Son cinco minutos todo recto, en esa dirección —añadió, señalando con la mano.

Era un día hermoso.

Menos mal, pensó Stefania, de lo contrario nos habría tocado subir por el barro.

Ascendieron en silencio la ladera irregular, siguiendo los surcos de las ruedas de las excavadoras. Jadeantes, lle-

garon a una explanada herbosa que se abría hasta el comienzo de los árboles. En aquella zona el bosque no era demasiado denso y entre los cúmulos de avellanos y castaños desnudos se entreveían zonas de prado y pequeñas granjas construidas con la piedra gris típica de aquellas montañas.

De no ser por los palos plantados aquí y allá entre los árboles talados y las cintas de plástico blanco y rojo tendidas entre ellos, con las obras detenidas y silenciosas a sus espaldas, aquello parecería el típico pasto alpino desierto que se preparaba para la primavera. Las vacas y las cabras llegarían con el verano, y luego los campesinos, las voces de los niños, la leche y el queso.

—Ahí están.

Fue Lucchesi quien se percató del pequeño grupo de personas que, un poco más arriba, agitaba los brazos para llamar su atención.

—El sargento Corona y el doctor Sacchi, de la Consejería de Sanidad Local —dijo con tono solemne el mariscal Bordoli—. Os estábamos esperando. Ya hemos realizado los primeros procedimientos, con fotografías y demás. Hemos hablado con los obreros y mañana mismo pasarán por el cuartel a firmar sus declaraciones —añadió—. Si os parece, podemos ir a la granja.

Era evidente que el mariscal quería transmitir una impresión de profesionalidad ante sus colegas de la ciudad y ante el fiscal, que se limitó a hacer un ademán afirmativo con la cabeza.

En pocos minutos llegaron al lugar del hallazgo, tras saltar troncos de árboles, montones de ramas aserra-

das, y fajas de cabillas de hierro. Más que la escena de un crimen parecía un sitio por el que acababa de pasar un huracán, e incluso la enorme excavadora amarilla, con su brazo apoyado en el suelo, parecía caída desde quién sabe dónde.

—Esta es la granja. Atención, porque hay un agujero en el suelo. Usted también, señora, lleve cuidado.

Señora.

Está claro que el tipo este se cree que estoy aquí de paso, pensó una Stefania mordaz. ¿De qué diantres de granja habla? Frente a ellos se entreveía un montón de piedras con tierra recién removida, y otro montón de piedras recubierto de hiedra, musgo y las raíces de una higuera silvestre: con un poco de imaginación, y siendo generosos, aquello podría definirse como una pared desmoronada.

—Lleva años desierta —añadió Bordoli—. Esta granja, como otras muchas, se derrumbó a causa de la nieve y el mal tiempo, o puede que incluso ardiera durante la guerra. No se puede establecer con precisión.

Arisi y Stefania observaron atentamente la escena.

—Esta mañana un obrero de Valentini ha empezado a derribar —continuó el mariscal—. De repente se ha abierto un foso. Muchas de estas granjas tienen una despensa debajo, que aquí llaman *nevera*, pero en esta no se veía nada, vaya usted a saber cuánto tiempo llevaba oculta. Al percatarse de que había una *nevera* medio derruida, el obrero ha continuado excavando hasta dar con eso —concluyó, señalando con el índice un punto del foso.

—Cuidado, doctora —dijo Arisi—, está resbaladizo.

Se asomaron a una especie de aljibe subterráneo, cuyo techo abovedado estaba derrumbado casi por completo: era un cubículo de dos por dos metros como mucho, con paredes de roca cincelada y guijarros ennegrecidos.

—Parece un zulo —dijo Piras, que era de algún lugar cerca de Nuoro—, de esos donde se retiene a los secuestrados o se esconden los delincuentes fugados.

Stefania, que había pasado sus veranos en montañas como esas, se encogió de hombros. Sabía perfectamente cómo eran las *neveras*: de niña las había observado en multitud de ocasiones. A menudo, jugando al escondite, llegaba incluso a entrar, temblando un poco por el frío y un poco por el miedo. Sin embargo, en el pasado, dentro advertiría como mucho el olor a leche y moho. Y fuera, antaño, encontraría el consuelo de su padre, una silueta a contraluz encendiendo un cigarrillo.

—La puerta, Piras —le dijo Stefania al colega que había bajado al foso—, mira si hay una puerta con un cerrajo, o con una tranca atravesada. Pequeña, de madera —añadió, sosteniéndole la linterna.

—¿Qué puerta, doctora, si está enterrada?

Entonces el agente apuntó el haz de luz hacia las paredes enmohecidas.

—Aquí no hay nada, son todo piedras, tierra y raíces.

—¿Dónde hallasteis los restos? —los interrumpió la voz tajante del fiscal Arisi.

—En aquella parte —señaló el mariscal.

Piras orientó la linterna hacia abajo.

—Sí, se ven huesos, pero pocos. —Un instante de silencio—. Ahora veo la cabeza —continuó—. ¡Dios santo! El pobre todavía tiene pelo.

—Ya se han obtenido las pruebas fotográficas y el doctor ha estado dentro —dijo Arisi con tono expeditivo—. Proceded al levantamiento, ¿a qué esperáis? —prosiguió, dirigiéndose a quienes estaban a su alrededor.

—Ya han llegado dos trabajadores desde la obra con una caja —dijo el mariscal.

¿Pero qué te pasa?, pensó Stefania, ¿es que tienes un avión esperándote en Malpensa o qué?

Sintió un calambre en el estómago y solo entonces se acordó de que no había comido. Miró el reloj. Las tres y media. Camilla.

Salía del colegio dentro de una hora y ella no iba a llegar a tiempo para recogerla.

—Piras, supervisa tú lo que hacen. No debería llevarles mucho.

Se hizo a un lado y empezó a llamar por teléfono: primero a su cuñada, luego a la niñera y después a una vecina.

Al final se vio obligada a elegir otro camino, el único que habría preferido evitar.

—Perdona que te pida un favor, pero es que no sé qué hacer. La señora Albonico no se encuentra bien, Martina está en Milán haciendo un examen. Yo todavía estoy en Lanzo. Sé que avisar en el último momento... Sí, de acuerdo, espero. Gracias.

El levantamiento de los restos requirió más tiempo de lo previsto, a pesar de que los dos obreros enviados por

la empresa trabajaron duro, recogiendo los huesos uno a uno junto a las piedras y la tierra que los habían cubierto tras el derrumbamiento de la bóveda.

Stefania, Lucchesi y Piras se quedaron allí para supervisar la operación cuando Arisi se marchó a toda prisa junto al mariscal. El fiscal, entretanto, ya había dado al capataz la autorización para seguir con las obras.

Sacchi, el médico de la Consejería de Sanidad Local, se había quedado, principalmente para comprobar que los huesos recuperados recomponían, en su conjunto, un esqueleto completo. Se limitaba, de cuando en cuando, a señalar un trozo: «Falta uno como este. Faltan otros tres así de largos».

Stefania pidió a los obreros que recogiesen también todo lo que había alrededor de los huesos. Los dos jóvenes de origen magrebí se miraron entre sí sin añadir nada más.

Y es que, en efecto, algo había: podía tratarse de tela, o papel, o trozos de metal oxidado. A lo mejor no era más que tierra. Al final, la caja de madera con los restos recogidos se había vuelto muy pesada.

También se escapó alguna que otra blasfemia cómica, pronunciada en dialecto *laghèe* por los trabajadores extranjeros, cuando tuvieron que llevarla a pulso hasta la obra. La caja no cabía en el todoterreno, así que Valentini Strade S. A. puso a disposición uno de sus vehículos.

—Decidnos dónde hay que llevarla —preguntó por teléfono el responsable de recursos humanos—. Siempre es un placer poder colaborar con las fuerzas del orden —concluyó.

Claro, sobre todo si no se trata de la Policía Fiscal, pensó Stefania.

—He podido liberarme. Voy yo a por la niña. Tenía varias reuniones, pero las he aplazado. Eso sí, como no tengo las llaves de tu casa la voy a llevar al despacho a hacer los deberes y luego al cine. He llamado al colegio para avisar de que llego diez minutos tarde, me la han pasado y ha dicho que quiere ir a ver *Harry Potter*. Dime solo si vuelves para la hora de la cena, pongamos a las ocho. ¿Vale?

—Vale. Gracias.

Stefania se quedó mirando fijamente la pantalla del móvil, incómoda. Siempre pasaba lo mismo cuando le pedía un favor a Guido, el padre de Camilla: él resolvía cualquier problema en poco menos de un cuarto de hora, pensaba en todo, y no cabía duda de que si hubiese tenido diez minutos más habría llegado al colegio puntual como un reloj.

Todo el cuerpo docente le regalaría las típicas sonrisas. Él siempre era así de estimable.

Esperó de todo corazón que la ropa, el plumífero y las medias de Camilla no tuviesen ninguna mancha ese día, y que todos los botones de la blusa estuvieran en su sitio. Luego suspiró profundamente.

A las cinco de la tarde la caja con los restos estaba cargada en la furgoneta prestada por Valentini. El conductor tenía prisa. Mientras tanto, los otros obreros habían ido marchándose poco a poco. A la mañana siguiente lo que quedaba de granja desaparecería, y la máquina infernal de la obra seguiría triturando inexorablemente otros árboles, paredes y hierba.

El sol se había puesto. Soplaban el viento.

Stefania se quedó observando meditabunda el foso abierto bajo sus pies y las rocas que lo rodeaban. No lograba alejarse de allí, quizá porque tenía la sensación de no comprender lo que estaba viendo. Volvió a bajar a la *nevera*, y pasó una vez más el haz de luz de la linterna por las paredes. Fijó su atención en un punto que distaba muy poco del suelo de tierra batida. Las piedras que formaban el resto de la pared no eran idénticas a las otras, e incluso a simple vista podía verse que habían sido ligeramente es-cuadradas. Luego había algunas esquirlas de roca desnuda cincelada, guijarros más pequeños y tierra, junto a trocitos más oscuros, casi negros. Parecía carbón, o madera. A saber qué era... Mandó recoger una muestra en una bolsita.

Recordó que durante su infancia solía recoger piedras «particulares», diferentes del resto. Las guardaba y las catalogaba con la esperanza de haber dado con algo extraordinario, acaso un tesoro, los restos de una antigua civilización, algo que nadie había encontrado antes que ella. Le gustaba pensar que se trataba de algo insólito, un material precioso y desconocido. Tras limpiarlas minuciosamente, las colocaba en una esquina del jardín, cerciorándose de no ser observada. Quién sabe dónde habrán ido a parar mis piedras, se preguntó mientras descendía la ladera escarpada para alcanzar al resto del grupo.

—La llevamos al cementerio de Lanzo —le dijo Stefania a los dos últimos obreros—. La dejamos en una habitación cerrada, junto a la cámara mortuoria. Ya he avisado a la parroquia y el guardián os está esperando.

Doctor Sacchi, espero su informe para mañana por la tarde —añadió.

El médico se le acercó, y ambos se alejaron un poco:

—Doctora, si lo considera oportuno mañana por la mañana puedo volver a subir para observar las cosas con calma y le preparo el informe que me pide. Sin embargo, si de verdad queréis abrir una investigación, como me parece entender, quizá sea mejor que alguien del oficio vea la escena, un médico forense o un departamento especializado.

Stefania lo miró fijamente con aire interrogante.

—Sí, porque en mi opinión a ese hombre le dispararon. Es más, no hay ninguna duda. Tiene un orificio en el cráneo. A mí me parece un adulto o un chico joven, alto y sano, excepción hecha de la pierna derecha.

—¿La pierna derecha? —preguntó Stefania.

—Sí, se le tuvo que romper. Creo que el hombre cojeaba un poco.

Camilla estaba emocionadísima. No había dejado de hablar ni un segundo desde que bajara del coche de su padre, en la puerta de casa.

—Mami, ¿sabes que hemos ido al despacho de papi a hacer los deberes? He acabado muy rápido y hemos jugado un rato con su ordenador y luego hemos ido a merendar chocolate y pastas. Luego hemos ido a ver *Harry Potter* y luego papi me ha comprado palomitas y...

—Y luego respira, Cami. Si sigues hablando así te vas a morir. Empieza a bañarte y ahora vengo a ayudarte a secarte el pelo. Mientras preparo algo para cenar.

—No tengo mucha hambre. ¿No podemos hacer solo croquetas de tomate?

Claro, Cami. ¿Cómo se va a tener hambre por la noche después de una bolsa de palomitas a las seis y media?

Stefania empezaba a estar de mal humor. No había una razón concreta, pero sí, estaba molesta. Una bolsa de palomitas.

Más tarde, cuando Camilla se durmió en la cama grande, se quedó observándola. Siempre acababa igual: se metía en su cama, «pero solo para darte las buenas noches, un momentito y luego vuelvo a mi habitación». El momentito bajo el edredón duraba decenas de minutos, hasta que se dormía. Entonces Stefania la llevaba en brazos hasta su cama. Sin embargo, la mayoría de las veces acababan durmiendo juntas, y aquella noche no fue una excepción. Ron, el gato rojo, dormía a los pies de la cama, en una cómoda cesta acolchada.

Stefania se despertó poco después de las cuatro de la mañana. Llovía a cántaros. Mañana por la mañana las obras serán un pantanal, pensó. Pero bueno, a fin de cuentas no tengo que volver.

A la mañana siguiente hubo un altercado entre traficantes en los alrededores del estadio, una denuncia por la ocupación ilegal de varios locales de la zona ex Ticosá y un robo con violencia en un estanco del centro, detrás del Broletto, el antiguo ayuntamiento. Al fin y al cabo, Como era una ciudad tranquila, dormida junto al lago.

—¿Qué más hay esta mañana? —preguntó Stefania.

—Doctora, ha llamado el mariscal Bordoli, de la comisaría de Lanzo. Quería avisar de que ya ha llegado el

informe del doctor, el que estaba en las obras. Preguntan qué tienen que hacer.

—Que lo manden por fax, Lucchesi, y díles que luego les decimos algo. Cuando llegue el fax súbemelo al despacho *ipso facto*.

Cuando llegó el informe Stefania se encerró en el despacho tras despedir a Lucchesi y Piras con el clásico «chicos, todos fuera durante media hora». Justo después encendió el primer Muratti Light de la mañana.

Leyó rápidamente las siete páginas del informe y luego empezó a darle vueltas a los detalles.

Lista de los huesos encontrados. Esqueleto recuperado casi por completo, bien conservado: un hombre alto, quizá de más de un metro ochenta. Joven, dentadura perfecta, pelo claro, rubio o rojizo.

Dos orificios en el cráneo, uno en la nuca y uno en la frente. Dos vértebras y varias costillas dañadas, probablemente a causa de las piedras caídas durante el derrumbamiento de la bóveda. O quizá no. Una fractura en la pierna derecha mal curada, con un acortamiento de la extremidad de al menos cuatro centímetros.

Los huesos —según había escrito el médico— se limpiaron y colocaron en una caja sellada que se le había entregado al guardián del cementerio.

Releyó con atención la otra lista: cuatro trozos de tela pesada, quizá de color gris; la hebilla de un cinturón, dos botones de camisa, cinco botones metálicos, un fragmento metálico plano de diez por cinco centímetros; un trocito de una cadena fina de dieciocho centímetros de largo, quizá de plata; otros fragmentos metálicos imposi-

bles de identificar, entre los que hay uno alargado y curvado por uno de los extremos. Y además numerosos fragmentos de madera ennegrecida, quizá quemada. Todo colocado en una segunda caja.

Se quedó meditabunda, mirando por la ventana. A los pocos minutos llamó directamente a la Fiscalía.

—Soy la inspectora Valenti, querría hablar con el fiscal Arisi. Sí, gracias, estoy en mi despacho hasta mediodía.

Cuando sus dos subordinados volvieron, Stefania seguía garabateando algo en un folio.

—¿En vuestra opinión cómo acabó ese tipo allí abajo? —preguntó a quemarropa.

Los dos agentes se miraron como si no entendiesen de qué estaba hablando, pero antes de que pudieran abrir la boca, y sin preocuparse de esperar una respuesta, Stefania añadió:

—El pequeño trozo de pared que seguía en pie estaba en el lateral que mira al valle, y seguro que por ese lado no había nada más porque está demasiado escarpado. En la parte opuesta, la pared que había, suponiendo que hubiese, tuvo que ser derribada por la excavadora. Por delante, mirando al lago, no había nada, así que la *nevera* tenía que estar sin más remedio por detrás, mirando al norte. Teóricamente podría ser así, porque en esa parte nunca da el sol. Además, si con el paso del tiempo la tierra cae, puede parecer una pendiente natural. Es normal, ¿no? Se cubre de hierba y nadie se imagina que haya algo debajo. Si es que a alguien le interesa.

Mientras Lucchesi y Piras seguían dándole vueltas a la primera pregunta, llegó la llamada de la Fiscalía: «Bue-

nos días, doctor. En cuanto a la inspección de ayer en la localidad de San Primo... sí... le he llamado para informarle de que, según las primeras investigaciones, podría tratarse de un delito y para saber si... Claro, por supuesto. Buenos días».

Tras colgar, Stefania tenía una expresión perpleja.

—No me ha dejado ni siquiera acabar, se ha limitado a decirme que siga las indicaciones de Carboni, con quien ya ha hablado esta mañana. Chicos, haced como si no hubiera dicho nada, luego os cuento. Decidle a Marino que me suba los periódicos, por favor.

Metió el folio en una carpeta en la que escribió: *Desconocido: San Primo, 19 de marzo de 2001.*